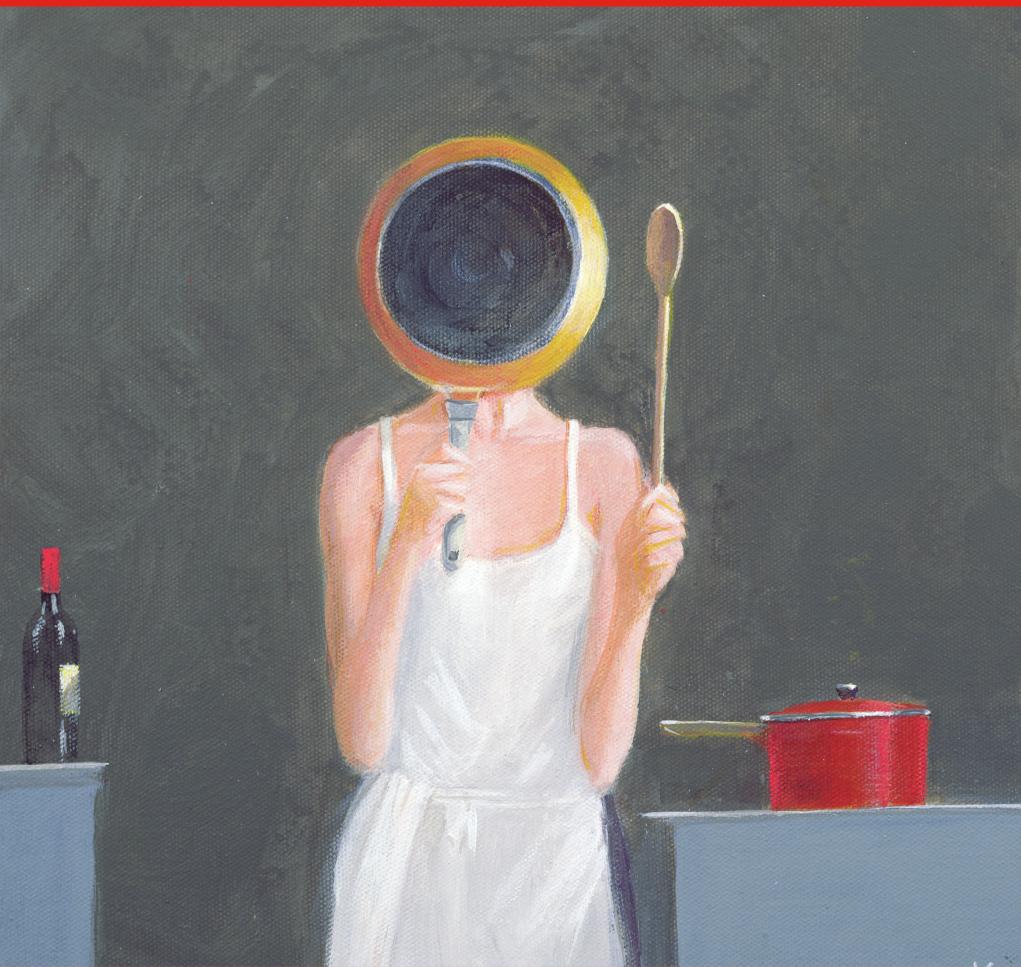


**Francesca Melandri**  
**EVA ESTÁ DORMIDA**  
**PERIFÉRICA**





EVA ESTÁ DORMIDA

LARGO RECORRIDO, 220

**Francesca Melandri**  
**EVA ESTÁ DORMIDA**

TRADUCCIÓN DE MIGUEL ROS GONZÁLEZ

**EDITORIAL PERIFÉRICA**



*A mis hijos, felices plurilingües,  
y en memoria de mi padre*



Una noche, en la *Stube*, el viejo Sonner cortó en seco los habituales lamentos sobre la traición, diciendo: «¡Eso son tonterías! Hasta los niños saben que la guerra la ganamos nosotros. ¡Lo que jamás habría soñado es que nos darían Italia entera!».

CLAUS GATTERER, *Bel paese, brutta gente*

¡Oye, que allí son todos alemanes!

MARIANO RUMOR tras descubrir, en unas vacaciones en val Pusteria en 1968, la existencia de una minoría lingüística en un territorio del país del que era primer ministro.

¿Sois italianos gobernados por alemanes? ¡Qué suerte la vuestra!

INDRO MONTANELLI

*Call the world, if you please,  
«the vale of Soulmaking».  
Then you will find out the use  
of the world.*

JOHN KEATS, carta a George y Georgiana  
Keats

*Let Eve (for I have drench'd her eyes)  
Here sleep below, while thou to foresight wak'st.*

JOHN MILTON, *El Paraíso perdido*, libro XI





## PRÓLOGO

Era un paquete pequeño, envuelto en papel marrón atado con bramante. El destinatario y el remitente estaban escritos con una letra ordenada. Gerda la reconoció de inmediato.

–*I nimms net* –le dijo a Udo, el cartero. No lo quiero.

–Pero es para Eva...

–Soy su madre. Yo sé que no lo quiere.

Udo habría querido preguntarle: «¿Estás segura?». Ella levantó la cabeza y se quedó mirándolo con sus ojos, transparentes y almendrados. Él no dijo nada. Sacó un boli del bolsillo y un formulario de la bolsa de cuero, y se los ofreció a Gerda sin aguantarle la mirada.

–Firma aquí.

Gerda firmó. Luego le preguntó, con inesperada ternura:

–¿Ahora qué pasará con el paquete?

–Me lo llevo otra vez a la oficina de Correos y digo que no lo quieres...

–Que Eva no lo quiere.

–... y ellos lo devuelven.

Udo guardó el paquete en la bolsa de cuero. Dobló el formulario y lo metió entre otros folios. Comprobó que el boli estaba bien cerrado y se lo guardó en el bolsillo. Se disponía a marcharse. Su cuerpo ya empezaba a girar hacia la carretera, y los pies estaban a punto de hacer lo propio, cuando preguntó, por escrúpulo de conciencia:

–Pero ¿dónde está Eva?

–Eva está dormida.

El paquete marrón desanduvo todo el camino que había recorrido para llegar hasta allí: dos mil setecientos noventa y cuatro kilómetros en total, entre ida y vuelta.

Si alguien le hubiera preguntado a Hermann, el padre de Gerda, si había conocido el amor (algo que nadie hizo nunca, y mucho menos su mujer, Johanna), él habría recordado a su madre en el umbral del henil ofreciéndole el cubo con la leche tibia del primer ordeño. Él sumergía la cara en aquel líquido dulce y la sacaba con un bigote cremoso, antes de emprender la hora de camino que tardaba en llegar al colegio. No se limpiaba el labio con la muñeca hasta que llevaba un buen trecho de sendero, cuando Sepp Schwingshackl salía de su granja y se unía a él para hacer juntos el trayecto, o incluso más abajo, cuando se les sumaba Paul Staggl, el chico más pobre del colegio, porque la granja de su padre estaba en un terreno escarpado y, encima, miraba al norte y en invierno nunca le daba el sol. O, si se hubiera parado a pensarlo (algo que nunca hizo en toda su vida, salvo una vez, justo antes de morir), habría recordado la mano de su madre, fresca y a la vez áspera como la madera vieja, curvada sobre su mejilla de niño, en un gesto de aceptación absoluta. Sin embargo, cuando Gerda nació, Hermann había perdido el amor hacía ya mucho tiempo. Quizá por el camino, como el heno de su sueño.

Lo tuvo por primera vez de niño, pero siguió soñándolo toda la vida. Su madre extendía en el prado una enorme tela blanca, la llenaba de heno recién segado y, después de juntar los cuatro extremos y atarlos con un nudo, le echaba el fardo a los hombros para que él lo llevara al henil. Era una carga enorme, pero no le importaba: se la había dado su madre; era un peso bueno. Se levantaba con esfuerzo y avanzaba por el prado segado tambaleándose como una flor monstruosa. Su madre lo miraba fijamente con aquellos ojos azules y almendrados, los mismos ojos de Hermann, que luego heredarían su hija Gerda y la hija de ésta, Eva, unos ojos tiernos y severos, como en algunos retratos de santos góticos. Sin embargo, otro Hermann, invisible y atemporal, se daba cuenta, consternado, de que los extremos de la tela estaban mal atados y de que el heno se iba desparramando por el suelo a medida que avanzaba: al principio el viento se llevaba tallos sueltos, pero luego salía volando a montones. El Hermann que lo veía y lo sabía todo no podía avisar al Hermann protagonista del sueño y, cuando éste llegaba al henil, el fardo estaba vacío.

La noche en que tuvo aquel sueño por primera vez, en Saint-Germain se firmaba el tratado de paz con el que las potencias ganadoras de la Gran Guerra, en especial Francia, que quería castigar al moribundo Imperio austríaco, entregaron el Tirol del Sur a Italia. Fue una gran sorpresa para el país: en Italia siempre se había hablado de liberar Trento y Trieste, pero nunca se había dicho nada de Bolzano, y mucho menos *Bozen*. Y es normal: los surtirolese eran gente alemana, estaban comodísimos en el Imperio austrohúngaro y no necesitaban que nadie los liberara. Y, sin embargo, Italia se encontró como botín inesperado, tras una guerra que había ganado, aunque no en el campo de batalla, aquella franja de los Alpes.

Aquella misma noche, sus padres murieron con tres horas de diferencia, ambos consumidos por la fiebre española. A la mañana siguiente, Hermann se encontró huérfano, como su tierra, el Tirol del Sur, que se había quedado sin su *Vaterland*,<sup>1</sup> Austria.

Tras la muerte de sus padres, Hans, el hermano primogénito, heredó la vieja granja. La propiedad consistía en una casa con la *Stube*<sup>2</sup> ennegrecida por el humo; un henil lleno de carcoma; un prado tan escarpado que, para segar el heno, sólo podías apoyar el peso en una pierna con cada golpe de hoz; y una tierra tan pobre y vertical que en cada temporada de lluvias se desprendía y buena parte acababa en el fondo del campo, por lo que había que subirla a hombros en grandes cuévanos de mimbre entrelazado. Y Hans fue el hermano con suerte.

Las tres hermanas mayores se casaron a toda prisa, con tal de dormir bajo un techo que pudieran considerar suyo. Hermann, el último en nacer, tuvo que ponerse a trabajar de *Knecht*, de mozo, en las granjas más ricas, que podían segarse apoyando el peso en ambas piernas porque tenían las pendientes más suaves: su tierra se quedaba en su sitio aunque cayera un aguacero, en vez de desprenderse hasta el fondo del valle. Tenía once años.

Todas las noches, hasta ya cumplidos los veinte, él, que nunca había pasado más de medio día lejos de su madre, mojaba la cama por el miedo y la soledad. En invierno, en aquella buhardilla atravesada por corrientes de aire en la que los patronos hacían dormir a los mozos, a los *Knechte*, como él, Hermann se despertaba envuelto en su propia orina

<sup>1</sup> Patria. [Todas las notas, salvo que se indique lo contrario, son de la autora.]

<sup>2</sup> Estufa. El término indica, por extensión, la sala revestida de madera en cuyo centro se encuentra la estufa de leña, corazón de las casas tradicionales tirolesas.

helada, como un sudario. Cuando se levantaba del jergón, el finísimo tegumento se resquebrajaba con un leve crujido.

Aquél era el sonido de la soledad, de la vergüenza, de la pérdida, de la nostalgia.

El *jet lag* es peor cuando se viaja hacia el este, lo dice todo el mundo. Lo que pasa es que, cuando vas hacia el sol, él se venga y te roba el sueño. Como si yo pudiera permitirme desperdiciar el sueño.

Carlo vino a recogerme al aeropuerto de Múnich, pero eso no se lo diré a mi madre; sé que no le gusta, nunca le ha gustado. Quizá porque, cuando se lo presenté, no le dispensó ni un solo halago y se limitó a ser educado. Pero hay que tener en cuenta que es ingeniero, una persona cuyo oficio consiste en cumplirlo todo a rajatabla, de lo contrario, los puentes y los viaductos que construye no seguirían en pie. Ir de galán con mi madre le parecería una falta de respeto hacia mí. Qué poco me conoce. Y no digamos ya a mi madre y a mí juntas.

Se lo presenté hace diez años. Habíamos ido a visitarla para el fin de semana de Todos los Santos y nos recibió en la granja de Ruthi, mi *Patin*.<sup>3</sup> Mi madre se había acomodado en la *Stube*, revestida de abeto, como si estuviera en un folleto de la oficina de turismo. Llevaba una blusa de encaje debajo de la chaqueta de lana cocida con botones de hueso, y sólo el *Dirndl*<sup>4</sup> es más tirolés que eso. A lo mejor quería que Carlo la conociera en aquel entorno tan campestre,

<sup>3</sup> Madrina.

<sup>4</sup> Vestido tradicional femenino.

tan pintoresco, como si estuviera haciendo una especie de puesta en escena de su identidad, aunque, en realidad, campesina nunca ha sido.

Carlo charló con ella, le preguntó por su salud, le abrió la puerta cuando salimos. Pero no se había reído mirándola a los ojos, no le había dicho que al verla se explicaba el origen de mi belleza y, sobre todo, no había aceptado jugar al *Watten*.<sup>5</sup> Y eso mi madre sí que no se lo perdonó. Carlo se había justificado diciendo que no se sabía las reglas. ¡Las reglas! No se había enterado de nada.

Por eso ya nunca lo llevo a verla: Carlo no le gusta, pero no porque esté casado ni porque tenga tres hijos a los que yo no conozco; tampoco porque, en los once años que llevamos juntos, nunca se haya planteado la posibilidad de divorciarse de su mujer.

Ésas no son las cosas a las que mi madre da importancia.

Salí por la puerta acristalada de la terminal de llegadas internacionales. Un hombre de unos cincuenta años llevaba el carro con mis maletas: Jack Radcliffe, de Bridgeport, Connecticut, empresario especializado en maquinaria agrícola que estaba en Múnich para una feria de su sector. Alto, de pelo entrecano, con un impecable traje azul oscuro. Yo, al cabo de nueve horas de vuelo, seguía ataviada y maquillada igual que en la inauguración de la exposición de arte en Nueva York de la que venía: vestido de punto verde pistacho de Donna Karan, pendientes de gota y bailarinas. No hacíamos mala pareja. La única pega era la mirada un tanto vidriosa del estadounidense, y aquella nariz violácea: había dado buena cuenta del servicio de bar a bordo. Cuando lo vio a mi lado, Carlo miró al cielo con sus bonitos ojos

<sup>5</sup> Juego de cartas.

oscuros, rogándole que le diera la paciencia necesaria para estar con alguien como yo.

El estadounidense, por su parte, al ver a Carlo tardó unos segundos en comprender que había ido a recogerme; o a lo mejor a mí se me había olvidado decírselo. El caso es que dejó de sonreír. Casi podían verse las ilusiones que se había hecho conmigo disolviéndose en presencia de otro hombre, como el hielo de una copa de whisky que pasa demasiado tiempo en la mano. Los ojos se le pusieron aún más translúcidos, casi lagrimosos, mientras caía en la cuenta de que aquel hombre de aspecto tan latino, tan apuesto, estaba allí por mí. Carlo, sin apuro ni sorpresa, le dio un apretón de manos, le agradeció la ayuda con mis maletas y, acto seguido, me rodeó con esos brazos de hombros anchos que tanto me siguen gustando.

Mientras me alejaba abrazada a él, me di la vuelta. Esbocé una sonrisa alentadora y, moviendo los dedos, le grité: «*See you later, Jack!*».

En fin, una actitud que volvería loco hasta a un carro portamaletas. No en vano, Jack Radcliffe, de Bridgeport, Connecticut, se quedó en el atrio de la zona de llegadas, aún más fulminado por la perplejidad que por la decepción.

—Pobrecillo... —dijo Carlo mientras me daba un beso en el pelo.

No era un reproche, sino una constatación.

—No, hombre, ¿por qué? Era un señor amable...

—Los señores amables de Eva —respondió él con un suspiro—: una categoría del espíritu.

—Me ha dejado apoyarme en su hombro todo el vuelo.

—¿Y qué ha hecho, con tu dulce peso encima, las nueve horas?

—Ha recogido la manta cada vez que se me caía. Ha bebido alcohol. Me ha hablado de su matrimonio infeliz.

—¡Eso!, mejor, la categoría exacta es: «Los señores amables que le hablan a Eva de su matrimonio infeliz».

Me estrechó con más fuerza, amable, varonil, sin que se le pasara mínimamente por la cabeza que él también podría entrar en tan execrable categoría. Y, en efecto, no entra en absoluto. Carlo jamás me habla de su matrimonio, por lo que nunca he tenido ocasión de valorar si es feliz o infeliz, aunque tampoco me interesa, todo sea dicho.

Llevó el carro hasta su coche y cargó el maletero. Era un juego de tres maletas color azul lavanda recién comprado en Nueva York: una maleta pequeña, una bolsa de viaje y un neceser con una distribución de espacios estudiadísima. A mi madre le gustarían. De hecho, me dije: ese color le sienta mejor a ella que a mí; pasado mañana se las llevo a la comida de Pascua. Me quedé esperando en la acera, con la bolsa del ordenador en bandolera: ésa no se la dejo nunca a nadie.

Me gusta que un hombre haga por mí un trabajo muscular, físico. Meter y colocar las maletas en el maletero, por ejemplo. Adopté una expresión plácida y paciente, y saboreé el momento apartando la mirada de Carlo para que no creyera que le estaba metiendo prisa. Por la acera se aproximaba un hombre, rumbo a la parada de taxis. Era un poco más joven que yo, con traje de raya diplomática, de lana fría, color gris acero, y el típico maletín de quienes vuelan por trabajo. Alemán, pero no bávaro; probablemente del norte: quizá Hamburgo o Hannover. Cuando nuestras miradas se cruzaron, se le dilataron las pupilas y puso esa cara que ponen los hombres cuando los miro a los ojos, una mezcla inconfundible de avidez y tormento. El deseo los vuelve descarados, pero también vulnerables, y yo me convierto en la depositaria de un secreto: su madre, para entendernos, nunca les ha visto esa mirada, o al menos eso espero.

Carlo cerró el maletero con un golpe seco y se sentó al volante. Yo abrí la puerta del copiloto y, mientras me sentaba cruzando las piernas, levanté la mirada hacia el hombre de Hamburgo o quizá de Hannover que ahora pasaba justo a mi lado. No le sonreí, pero guiñé imperceptiblemente los ojos, como hacen los modelos de trece años para que su mirada sea más intensa. Luego cerré de un portazo y Carlo arrancó.

No soy guapa. Agradable a la vista sí, pero nada especial. Y mujeres rubias más altas que la media las hay a puñados.

Ya tampoco soy joven. Hay por ahí montones de chicas que podrían ser mis hijas; cuerpos más frescos, caras más suaves, inocencias más deseables. Y, sin embargo, los hombres siguen mirándome. Tengo los rasgos de mi madre, pero en una versión menos precisa. Heredé sus pómulos de noble rusa, pero con un corte más rústico. Sus labios tienen una forma elegante; los míos tienen un toque de granja, de leche recién ordeñada, de mantequilla. Como ella, tengo las piernas finas, los senos generosos y una estatura de noreuropea, pero ¿vas a comparar su porte con el mío? Gerda Huber se pasó toda la vida sudando entre fogones y tablas de cortar; yo me visto de Armani y organizo eventos mundanos. Pese a todo, la que parece una reina de las dos es ella.

Del aeropuerto de Múnich a mi casa hay tres horas de coche y dos fronteras. De pequeña, esa doble frontera pegada a nuestra tierra me emocionaba: me hacía sentirme cerca del vasto mundo, de otros lugares, de lo desconocido. Eran los tiempos en que Schengen era sólo un pueblecito de Luxemburgo del que nadie había oído hablar, y las aduanas europeas estaban señaladas con auténticas barreras blancas

y rojas, con hombres uniformados y con cara de no estar para bromas y de poder negarte la entrada en su país, o aun arrestarte. Además, el paso del Brennero no está nada mal como frontera: sombrío, oprimente, con una estación de tren cavernosa, de película de espías. Ahora, cuando cruzas la estrecha puerta que conduce a Italia desde el norte de Europa ni siquiera miran si has pagado el impuesto de circulación: la emoción de aquella época se ha desvanecido por completo.

O casi. Pasado *Sterzing/Vipiteno*, poco antes de llegar a *Franzensfeste/Forтеzza*, Carlo paró en un *Autobahnraststätte*/área de servicio y nos comimos unos *belegtes Brötchen*/bocadillos. Luego salimos de la *Autobahn*/autopista y pagamos en el *Mautstelle*/peaje. Íbamos en su Volvo, que por suerte es sueco y, por tanto, no se traduce ni al alemán ni al italiano. Bienvenidos al *Südtirol*/Alto Adigio, reino del bilingüismo.

Tras salir de la autopista, nos adentramos en un valle amplio y luminoso, acogedor incluso ahora que el primer deshielo ha tornado fangosas las vertientes de solana y algunos claros marrones ya destiñen los pastos alpinos aún nevados. Las laderas que todo lo rodean están cubiertas de alerces, abetos y abedules, bosques densos que, aun así, no amenazan las actividades humanas en la parte más honda del valle, sino que, antes bien, parecen enmarcar con su impenetrable naturaleza la civilización del trabajo: las granjas, con amplios pastos; los puentes que cruzan el río, aún torrencial; las iglesias, con sus campanarios bulbosos. En este valle nació yo.

Carlo me acompañó a casa. Hicimos el amor como siempre, con los gestos de siempre. Once años de clandestinidad tienen esa ventaja: el sexo sigue itinerarios consolidados y

tranquilizadores, como en un matrimonio, pero no se convierte en una exigencia previsible ni en una obligación. Justo esa combinación de hábito y precariedad que me viene como anillo al dedo. Después, las dos líneas verticales que Carlo tiene entre las cejas se relajan un poco, recogen menos sombra. Me fijé por primera vez hace once años, en esta misma cama, y desde entonces ha pasado todas y cada una de las veces. Ése es el poder que tengo sobre él, me digo entonces: yo soy la que le alisa la frente, su antiarrugas particular. Es una reflexión tranquilizadora porque, cuanto más envejezca, más lo necesitará.

Nos quedamos abrazados entre las sábanas de lino. Blancas: no soporto los colores alrededor de mi sueño, que ya es raro de por sí. Carlo se puso de lado y me abrazó por detrás. Me olió el pelo.

–Tú. Viajas demasiado –dijo.

Sonreí. Cuando habla así, siento lo mucho que me aprecia. Sonó el teléfono. Carlo me apretó con más fuerza. No te vayas, decían sus brazos. No me fui; saltó el contestador automático de Telecom:

–Responde el contestador automático del número cero, cuatro, siete...

Se oyó una voz adolescente y emocionada, con un marcado acento romano:

–Ahora empieza, ya verás...

La voz femenina del contestador siguió, impertérrita, ahora en alemán:

–*Hier spricht der Anrufbeantworter der Nummer Null Vier Sieben Vier...*

–¿Eso qué es, alemán? –dijo una segunda voz algo estridente, indecisa entre los tonos altos y bajos: catorce, quince años a lo sumo. Si no menos.

–¿Cuánto dura esto?

—... *Hinterlassen Sie bitte eine Nachricht nach dem Signal*. Ahora los dos chavales estaban riéndose a carcajada limpia, y el primero empezó a gritar por el auricular:

—¡Comesalchichas, comesalchichas!

—¡*Actun, cartoffen, caput!*, se le sumó el otro, que no pudo terminar de la risa. Me quedé con la espalda pegada a la barriga de Carlo, con sus brazos rodeándome el pecho. Seguimos escuchando, inmóviles.

—¡Volved a Alemania! —gritó el primero antes de colgar.

—¡Otra vez! —exclamé—. ¿Es que no se cansan nunca?

Hay una escena que se repite en todas las series de televisión que mi madre ve cada santo día después de comer. El hombre casado se anuda la corbata al lado de la cama de su amante, le da un beso en la frente y se marcha; ella se queda semidesnuda en la cama deshecha, mirando con tristeza la puerta que él ha cerrado al salir. A menudo se abraza las piernas y apoya la barbilla en las rodillas, siempre públicamente tapada por las sábanas. Pues bien, con Carlo, en once años, nunca ha pasado eso. Antes de despedirse de mí, aunque tenga prisa, se toma el tiempo de pasar de la cama al sofá, a la cocina o al balcón, a un sitio, en resumen, que no sea el del placer, para que yo también pueda vestirme o ponerme al menos una bata. Para tomarnos un café, charlar un rato, reírnos. No me parece poco.

Esta vez, antes de irse me ha ayudado a deshacer las maletas. También hemos echado un vistazo a los catálogos de las exposiciones que he visitado en Nueva York: Gerhard Richter en el MoMA; un joven artista coreano en una galería de Chelsea —con veintidós años ya vende sus cuadros a los millonarios del East Side—; o una exposición de arte en madera del pueblo dogón. He visto más de una estatuilla africana en las casas de mis clientes, con frecuencia castillos

familiares reformados con expertas intervenciones en cristal y acero: a los surtiroleses ricos les gusta el arte étnico; los hace sentirse ciudadanos del mundo.

Antes de irse, Carlo me dice:

–Después del Lunes de Pascua, si quieres, acabo dentro.

–Estaría bien –respondo.

Ojo: no es que hayamos decidido, de buenas a primeras, concebir un hijo. Sólo me está diciendo que tras las fiestas volverá a mi valle desde Bolzano, la ciudad en la que vive. Los altoatesinos, aunque tengan sangre véneta y calabresa como él, traducen al italiano muchas expresiones de nuestro dialecto alemán. Uno «acaba dentro», *inni*, cuando se adentra en los valles que desembocan *aussi*, «fuera», en la llanura y en el vasto mundo.

El verano pasado, por ejemplo, yo estaba en Positano y Carlo me llamó por teléfono. Su mujer y sus hijos se habían ido de viaje y él tenía la libertad de salir de Bolzano.

–Esta noche acabo fuera –me dijo, y me anunció que co-gería un avión para ir a verme, no que fuera a usar métodos anticonceptivos del agrado de la Iglesia.

Ahora Carlo me da un beso (¡no en la frente!) y regresa a casa. A la suya.

De vez en cuando me lo preguntan, claro. Siempre está el típico o, mejor dicho, la típica, que se siente en la obligación de decirme que me compadece. «¿Cómo puedes aguantar tantos años con un hombre casado?», me preguntan. Muchas, casi todas, añaden: «Yo nunca podría».

Siempre tardo unos segundos en comprender que hay gente que considera la mía una situación imposible. Triste, o hasta desesperada. En cambio, Ulli jamás me lo habría preguntado. Él lo sabía: sólo hay una persona con la que puedo admitir que tengo un vínculo. La única a la que puedo pertenecer sin que eso implique sentir que me hundo

en un fango viscoso, en una ciénaga desconocida. La única a la que, de ser necesario, podría cuidar sin sentirme en una cárcel. Y no es un hombre.

Poco antes de la hora de cenar, Zhou pasó a saludarme. Diez años, dos coletas de las que cuelgan fresitas de plástico rosa, una muela a punto de caérsele. Ojos rasgados, como buena china. Es un hacha en el colegio. ¿Asignatura preferida? La geometría.

—He visto la luz encendida y he imaginado que habías vuelto —dice con su acentazo.

Llevo varias semanas sin verla y, al mirarla a la cara mientras habla, tengo la misma sensación de extrañeza que la primera vez. Es como ver una película de Bruce Lee doblada por el Coro de los Alpinos.

El señor Song, su padre, era dueño de una fábrica de zapatos en Shandong, en el este de China. A finales de los ochenta, se la vendió a un funcionario del Partido. Beneficios totales obtenidos por la venta de las instalaciones, incluidas las naves, la maquinaria y la mercancía ya lista para el envío: dos pasaportes válidos para expatriarse, uno para él y otro para su mujer. Como recuerdo de China y de su familia, a la sazón bastante conocida en la zona, sólo pudo llevarse una cajita de madera decorada que guardaba los utensilios para el adiestramiento de los grillos de pelea —actividad típica de Shandong—, de la que su padre era un maestro.

Al cabo de unos meses, los Song llegaron a Italia: primero a Trieste; luego a Padua, donde nacieron sus tres hijos, y por último al Alto Adigio. Allí vivía el señor Song cuando, en el censo de 2001, le pidieron que pusiera una cruz en una de las tres casillas: italiano, alemán o ladino. No se admitía ninguna otra posibilidad: aquéllas eran las únicas tres etnias reconocidas en el Alto Adigio. Para beneficiarse de

las ventajas de esta Región con estatuto especial había que rellenar y firmar la declaración de pertenencia a un grupo lingüístico. El encabezamiento del formulario, en alemán, decía: *Sprachgruppenzugehörigkeitserklärung*.

El señor Song, según me contó él mismo, se quedó mirando aquella palabra. Treinta y seis letras. Once sílabas.

Aunque sea políglota (italiano, inglés, mandarín y ya también un poco de alemán), su lengua materna es el dialecto de Shandong: una lengua tonal y, sobre todo, monosilábica. Por primera y quizá única vez en su vida, obvió el aspecto pragmático de la cuestión y tuvo una reacción visceral: jamás habría podido declararse hablante de una lengua que con once sílabas y treinta y seis letras puede formar una sola palabra. Se planteó la posibilidad de marcar «ladino»: sabía poca cosa de ese pueblo un tanto marginal, pero le caía simpático. Sin embargo, no tenía intención de mudarse a val Gardena ni a val Badia, los únicos sitios en que tal elección le supondría un claro beneficio.

Así pues, Zhou, como sus padres y sus hermanos mayores, es a todos los efectos de etnia italiana. Con su marcado acento de taberna del noreste me hace compañía mientras termino de deshacer las maletas. Cuando es la hora de cenar, se va.

En la estantería tengo dos marcos de madera clara con dos fotos. Una es de un chico con las pestañas largas como un corzo y una sonrisa que se disculpa: Ulli. La otra, en blanco y negro, está un poco amarillenta: una niña de diez años entre dos muchachos algo mayores, primos o parientes aún más lejanos, no estoy segura. Están en un pasto alpino soleado, un poco a contraluz, cuidando de las vacas, que rumian de fondo. La niña lleva un vestido que le queda corto –sin duda lo han heredado varias personas– y que le deja al aire las piernas, embarradas. Entre los dedos de

los pies asoman algunas briznas de hierba y una margarita. Ella es la única que mira a la cámara: los dos muchachos la miran a ella furtivamente, con la boca abierta; en sus ojos se lee el terror y la admiración de quien está en presencia de un portento de la naturaleza.

Mi madre, de niña.

Es inútil intentar dormirse después de un salto de seis husos horarios, más si viajas en el sentido malo. Me he pasado la noche despierta ordenando la casa. Ahora abro la ventana.

Aunque estamos en abril, de madrugada el aire aún huele a nieve. Pero los alerces empiezan a despertarse, la resina ya emana de las oscuras profundidades de los troncos y su aceitosa esencia comienza a difundirse por el ambiente. Aspiro hondo. En noches de insomnio como ésta, recuerdo la suerte que tengo de vivir en un sitio que huele bien. Las estrellas titilan, azuladas, prometiendo para mañana un día despejado, pero todavía frío.

En la montaña que hay frente a mi balcón, las luces de las máquinas pisanieves suben y bajan como todas las noches, como pequeñas y obedientes naves espaciales en fila india. Con la entrada de la primavera, conservar las pistas nevadas para los esquiadores de final de temporada es una tarea cada vez más ingrata: la nieve se derrite más rápido y cae con menos frecuencia. Cuando observo esas luces subiendo y bajando por la ladera, son muchas las cosas en las que no pienso: en el calorcito de la cabina de *Marlene*, la pisanieves con nombre de mujer, con la calefacción encendida en las gélidas noches invernales; en las peleas musicales entre Ulli y yo, mis Eurythmics contra sus Simply Red, que sonaban a todo volumen en el equipo de música que había instalado él solito en la cabina; en las extravagantes fundas de cebra con las que había recubierto los asientos,

como si *Marlene* fuera un tráiler texano, y aquella pista de esquí, una larguísima recta de Monument Valley. No, no pienso en eso. Al menos no todas las noches.

En la cima, en el terso aire a dos mil metros de altura, justo debajo del cinturón de Orión, brillan los focos siempre encendidos de la Fábrica, implacables como los de una cárcel. Me quedo mirándolos un buen rato. He ahí otra cosa que ni siquiera se me pasa por la cabeza: en un futuro, la Fábrica habría podido ser mía y, sin embargo, nunca lo será.

Aspiro otra bocanada de aire y cierro la ventana.

Saboreo mi primer café cuando aún no ha amanecido.

No es para despertarme: no tengo sueño; de hecho, ni siquiera estoy cansada, pero ¿qué vas a beber a las seis de la mañana? Ya he echado la noche, me digo, mejor no intentar dormir. Hoy me acuesto pronto y mañana llego descansada a casa de mi madre. O eso espero. Me consta que lleva tres días preparando la comida de Pascua, con Ruthi y las demás parientes. *Schlutza*,<sup>6</sup> *Tirtlan*,<sup>7</sup> *Mohnstrudel*,<sup>8</sup> *Strauchln*.<sup>9</sup> Y luego *Topfentaschen*,<sup>10</sup> *Rollade*<sup>11</sup> y *grappa* destilada de los arándanos rojos cosechados el verano pasado. No querría incumplir mi obligación de hacer honor a los manjares que están preparando, pero, si no duermo, no tengo apetito.

La montaña aún se recorta negra contra el cielo opalescente, mientras al este asoma una nubecilla aislada, de un rosa intenso casi anaranjado. Las pisanieves ya duermen en sus hangares excavados en la roca. La Fábrica sigue iluminada,

<sup>6</sup> Raviolis tirolese.

<sup>7</sup> Empanadas de pasta fermentada fritas, rellenas de chucrut, espinacas y ricota o patatas.

<sup>8</sup> *Strudel* de semillas de amapola.

<sup>9</sup> Buñuelo dulce servido con azúcar y mermelada.

<sup>10</sup> Saquitos de ricota dulce.

<sup>11</sup> Rollo dulce.

por poco tiempo. Dentro de dos horas los cables de acero tendidos entre los postes empezarán a transportar a los miles, a las decenas de miles, a los cientos de miles de millones de esquiadores que necesita nuestro valle para perpetuar su opulencia. Y yo la primera: sin Fábrica, adiós a los turistas; sin turistas, adiós a los hoteles; sin hoteles, adiós al bienestar; sin bienestar, adiós a los actos que organizo. Así pues, para mí, adiós a los viajes, adiós a los zapatos de Prada, adiós a las inauguraciones de promesas del arte asiático en Chelsea y adiós a las escapadas a Indonesia o al Yucatán. Adiós incluso a Jack Radcliffe de Bridgeport, Connecticut, con su perpleja mirada vidriosa y sus fantasías eróticas hechas añicos.

Bendita sea la Fábrica, que produce esquiadores contentos para todos nosotros.

Saboreo el café envuelta en una manta que me regaló mi madre: un *patchwork* de cuadrados de punto tejidos con retales de mis suéteres de niña. Es de colores modestos, mal combinados, símbolo de una época en la que tener con qué vestirse ya era bastante, en la que ni siquiera se concebía la estética: azul oscuro loden, rojo manzana, gris ratón, verde bosque. Un cuadrado naranja (¿de qué suéter era?) destaca un poco sobre el resto. La manta en cuestión no pinta nada en mi elegante casa, de tonos verde ácido y aguamarina, y es áspera como el alambre de espino: parece lana sin cardar. Aún recuerdo el picor de brazos que me provocaban aquellas lanas en bruto. ¿Cómo podía soportarlo? No es casualidad que ahora todos mis suéteres sean de cachemira o mohair.

Suena el teléfono.

En la quietud del amanecer, ese sonido agudo me hace dar un respingo y casi tiro el café. Hago ademán de responder, pero me detengo. ¿Quién va a llamar a estas horas? Se habrán equivocado. Dejo que salte el contestador automático.

–Responde el contestador automático del número.../  
*Hier spricht der Anrufbeantworter...*

Dejo que la señorita Telecom/*Fräulein Telekom* complete su elaborado homenaje al bilingüismo, permaneciendo a la escucha.

Un largo silencio. Pero hay una presencia al otro lado de la línea. Luego, algo más alto, una débil respiración. No puede ser, ¡incluso a estas horas se ponen a gastar bromitas! ¡Aun antes de ir al instituto! Será por la noche en vela, o por el *jet lag*, pero la adrenalina hace que me hierva la sangre. Cojo el teléfono de golpe.

–¡Ya está bien! ¡Me tenéis harta!

–Eva... ¿Eres tú?

La voz de un hombre. No es joven. Cansado, o enfermo. Quizá las dos cosas. Me quedo bloqueada.

–¿Quién es?

Una pausa.

–*Sisiduzza...*, ¿te puedo llamar así todavía?

Me quedo mirando el cuadrado de la manta que desentona, el naranja. Tengo que acordarme de preguntarle a mi madre de qué suéter era. A lo mejor no era mío, sino de Ruthi.

–Es una broma... –murmuro.

–No. Soy yo, Vito.

Levanto la vista. Ha salido el sol. Una luz dorada baña mi kilim.

Ay de las hijas de los padres que no han tenido amor: las aguarda el destino de las malqueridas. Mi madre, Gerda, sólo ha estado segura del amor de un hombre –y yo del de un padre– una vez en la vida. Los demás pasaron como chaparrones de verano: nos embarraron los zapatos, pero dejaron los prados secos. Con Vito, en cambio, fue auténtico. Su presencia, para ella y para mí, fue como la lluvia de junio,

agua que hace crecer el heno, que alimenta las fuentes. Pero él tampoco nos ahorró, después y para siempre, la sequía.

Con voz cansada, Vito me ha dicho que no le queda mucho tiempo de vida.

Y ha añadido: «Me gustaría volver a verte».

A las pocas horas ya estoy de camino. Voy al sur, voy a verlo.